

Todo parece igual
en todas partes.
Pero la diversidad existe:
en el espacio interior.

ROBERT SILVERBERG

SCHWARTZ ENTRE LAS GALAXIAS

Ilustró SANYU

Esto es realidad: Schwartz está cómodamente encerrado —pasivo, suspendido— en una cabina de pasajeros de primera clase a bordo de un cohete de Aerolíneas Japonesas, a nueve kilómetros de altura sobre el Mar de Coral. Y esto es fantasía: el mismo Schwartz está a bordo de una brillante nave estelar que surca tersamente los abismos del espacio, viajando a nueve veces la velocidad de la luz de Betelgeuse IX a Rigel XXI, o tal vez de Andrómeda a la Nube Magallánica Menor.

No hay naves estelares. Tal vez no las haya nunca. Aquí estamos, a varias décadas del vuelo de la Apolo 11, y ningún ser humano viaja a ninguna parte excepto de un extremo a otro de la faz de esa pequeña O, la Tierra, pues los planetas son yermos y las estrellas son inalcanzables. Esa pequeña O es demasiado pequeña para Schwartz. Con frecuencia cobra un brillo esmaltado, se transforma en un frag-

mento de porcelana muerta; y últimamente él ha adquirido la costumbre, cuando el mundo se vuelve esmaltado, de refugiarse en la nave estelar. De modo que el Vuelo 411 de Aerolíneas Japonesas sólo encierra su yo físico, su caparazón, que ocupa un costoso cubículo privado en una elegante nave para 200 pasajeros que partió de Buenos Aires poco después del desayuno, voló un par de horas hacia el oeste a lo largo del Trópico de Capricornio, y pronto aterrizará en el puerto aéreo de Torres, en Papuasia. Pero su conciencia, su ánima, su schwartzidad esencial, vuela entre las galaxias.

¡Vaya nave estelar! ¡Qué maravillosos son sus miles de pasajeros! Por los corredores atestados hormiguea un sinfín de enormes y multicolores criaturas galácticas, nativas de los mundos de Capella, Arturo, Altair, Canopo, Polaris, Antares, seres inteligentes y articula-

dos, que respiran metano o nitrógeno o argón, de piel delgada o sin piel, con muchos brazos o muchas cabezas o totalmente incorpóreos, cada cual producto de un legado cultural extraño, singular y singularmente único. Entre esta variedad de seres se mueve Schwartz, la superestrella de los antropólogos, auténtico heredero de Kroeber y Morgan y Malinowski y Mead, observando gozosamente esa deliciosa diversidad. Mientras que a bordo de este cohete prosaico, esta aguja estratosférica atada a un planeta, es imposible diferenciar a los canadienses de los portugueses, a los portugueses de los rumanos, a los rumanos de los irlandeses, a menos que abran la boca, y aun así no siempre.

En sus ensueños Schwartz dialoga con criaturas del sistema de Fomalhaut sobre la circuncisión digital; graba las melodías de la flauta ocular aquernariana; aprende sobre la magia nasal de Acrux, los éxtasis oníricos de Aldebarán, los escultores de asteroides de Thuban. Entonces una sonriente azafata abre la cortina del cubículo y se asoma, arrojándolo de una realidad a otra. La azafata tiene ojos azules, pelo ensortijado, nariz recta, labios delgados, piel bronceada: un enredo genético, la típica mezcla humana del siglo veintiuno, tal vez melanesia-sueca-turca-boliviana, tal vez polaca-berberí-tártara-galesa. El tránsito intercontinental barato ha consumado su obra fatídica: la Tierra entera es un crisol, todas las reservas genéticas se han fundido en un fluido confuso. Schwartz cavila sobre la recesividad de esos ojos azules y no llega a ninguna solución satisfactoria. Ella es hermosa, de cualquier modo. Se llama Alba —joh dulce nombre neutral y aculturalizado!— y ambos han flirteado, ella y él, Alba y Schwartz, de vez en cuando durante el breve vuelo. Pestañeando, ella dice suavemente:

—Estamos preparándonos para aterrizar, doctor Schwartz. ¿Sus restrictores están en polaridad?

—Nunca los desconecté.

—Bien. —Los ojos azules, cálidos, interesados se cruzan con los de Schwartz.— Esta noche debo quedarme en Papuasia.

—Me alegro.

—Tomemos una copa mientras esperamos a que descarguen el equipaje —sugiere ella

con risueño desenfado—. ¿De acuerdo?

—Supongo —dice él casualmente—. ¿Por qué no? —Esa disponibilidad lo aburre: en cierto modo disfruta de los placeres obsoletos de la seducción. En un tiempo una mujer tan accesible lo habría excitado, pero ahora no. Schwartz tiene cuarenta años, es alto, robusto, corpulento, típica muestra de los genes campesinos de su sufrida madre irlandesa. Tiene el pelo negro y abundante matizado de gris; a muchas mujeres les resulta interesante. Hoy día rara vez se ve pelo gris. Viste simplemente pero bien, sandalias y túnica socrática. Previsiblemente, su atractivo físico, tanto dentro como fuera de su séxtupla doméstica, ha aumentado con el éxito profesional. Es confiado, autosuficiente, e irradiia una seguridad contagiosa. Tan sólo este mes, ochenta millones de personas han oído sus conferencias.

Ella detecta el ligero hartazgo en la voz.

—No parece interesado. ¿No le gusta?

—No es eso.

—¿Qué ocurre entonces? ¿Deprimido, profesor?

Schwartz se encoge de hombros.

—Terriblemente deprimido. El cuerpo como un hueso seco. La mente como cenizas muertas. —Sonríe de oreja a oreja, quitando todo sentido a esas palabras.

Ella capta el tono irónico.

—Es una lástima —dice—. Es terrible.

—Sólo citaba a Chuang-tzu. No me haga caso. En verdad me siento bien, sólo un poco cansado.

—¿Demasiados vuelos?

Schwartz cabecea.

—Demasiada uniformidad en todos los lugares que visito. —Piensa en una cubierta con cúpula transparente moteada de estrellas, donde tres espícanos sin huesos ejecutan una descoyuntada danza propiciatoria para distraerse en las horas lentas de viaje ultralumínico.—Me repondré —le dice a la azafata—. Nos veremos luego.

La cara híbrida de la muchacha está radiente de alivio y excitación.

—Lo veré en Papuasia —le dice, guinándole el ojo, y se aleja ágilmente por el corredor.

Papuasia. A la hora del cóctel Schwartz estará en Port Moresby. Esta noche hablará en la Universidad de Papuasia; ayer fue Montevi-

deo, pasado mañana será Bangkok. Está haciendo el gran circuito académico. Este es su año: de pronto es muy respetado en los círculos antropológicos, desde la publicación de *La máscara bajo la piel*. Vuela de un continente a otro, compartiendo su sapiencia, el lunes en Montreal, el martes en Veracruz, el miércoles en Montevideo. El jueves... ¿el jueves? Esta mañana cruzó la línea horaria internacional y no recuerda si pasó al jueves o al martes, aunque ayer sin duda fue jueves. Schwartz sólo está seguro de que el mes es julio y el año 2083, y hay momentos en que ni siquiera está seguro de eso.

El cohete entra en la fase final del descenso. Papuasia espera, reluciente y vítreo. El mundo tiene de nuevo un lustre cristalino. Schwartz deja que su espíritu se escabulla feliz a la reluciente nave estelar que se desliza velozmente entre las constelaciones arremolinadas.

Se encontró en el atestado salón de la cubierta inferior de la nave estelar, bebiendo una copa con su compañero de viaje, Pitkin, el economista de Yale. ¿Por qué Pitkin, ese hombrío grosero y pomposo? ¿Por qué, pudiendo elegir entre toda la humanidad real e imaginaria, su inconsciente decidió hacerle compartir esta fantasía con semejante pesado?

—Mira —dijo Pitkin, guiñándole el ojo—. Allá está tu amiga.

El iris de ingreso se había abierto, y había entrado la no-macho de Antares.

—Olvídalos —dijo Schwartz—. Sabes que no hay nada entre nosotros.

—¿No hace días que la persigues?

—Ella no es “la” —dijo Schwartz.

—¡Vaya precisión! —se burló Pitkin—.

¡Vaya erudición! Ella no es la, dice. —Codeó a Schwartz.— Para ti ella es ella, amigo, y no trates de engañarme.

Schwartz tuvo que admitir que había algo de cierto en las vulgaridades de Pitkin. La antariana —una humanoide esbelta, de ojos amarillos, piel de ébano, erguida, sinuosa y lustrosa, con piernas largas y ahusadas y la gracia escurridiza de una foca— le resultaba tremadamente atractiva. Tampoco él podía evitar considerar femenina a la antariana. Sabía que esa actitud era producto de sus prejuicios culturales y biológicos; de hecho “ella” le

había advertido que las distinciones sexuales terrestres eran irrelevantes en el sistema de Antares, que si Schwartz insistía en clasificarla dentro de un género sólo podía considerarla un macho negativo, sin que ello implicara feminidad biológica.

—Te lo he dicho —dijo pacientemente—. La antariana no es macho ni hembra según nuestros conceptos. Si la percibimos como femenina, es resultado de nuestro condicionamiento cultural. Si quieres creer que mi interés en esa criatura es sexual, adelante, pero te aseguro que es puramente profesional.

—Claro. Sólo estás estudiándola.

—En cierto modo sí. Y ella me estudia a mí. En su mundo nativo tiene la jerarquía de “observadora-de-vida”, que parece ser el equivalente antariano de un antropólogo.

—Qué maravilla para ambos. Ella es tu primera alienígena y tú eres su primer judío.

—Deja de llamarla ella —rezongó Schwartz.

—¡Pero tú lo has hecho!

Schwartz cerró los ojos.

—Mi abuela me advirtió que nunca me codeara con economistas. Tienen ideas sucias y mal aliento, decía. También decía pestes de los egresados de Yale. Pervertidos del intelecto, los llamaba. Y heme aquí, encerrado en una nave estelar con 500 criaturas de otros mundos y un congénere humano, y tenía que ser un economista de Yale.

—La próxima vez viaja con tu abuela.

—Lárgate —dijo Schwartz—. Deja de arruinar mis fantasías. Vé a predicar tus estériles conocimientos a otra parte. ¿Ves a esos nativos de Delta Auriga? Entra en ese frasco y háblales del producto global bruto. —Schwartz le sonrió a la antariana, que había pedido una bebida, algo que irradiaba un resplandor azul iridiscente, y se les acercaba. —Vete —masculló Schwartz.

—No te preocupes —dijo Pitkin—. No quiero importunar. —Desapareció en la abigarrada multitud.

—Los capellanos están bailando, Schwartz —dijo la antariana.

—Me gustaría verlo. De cualquier modo, aquí hay demasiado bullicio. —Schwartz miró los ojos verticales y alimonados de la criatura. Ojos de gato, pensó. Ojos de pantera. La mira-

da de la antariana estaba fija, como de costumbre, en la boca de Schwartz: otros mundos, otras costumbres. Sintió un extraño y turbador temblor de deseo. Pero ¿deseo de qué? Era una sensación de necesidad pura, no específica, por cierto no sexual.— Creo que echaré una ojeada. ¿Me acompañas?

El cohete de Papuasia acaba de aterrizar. Schwartz, apoyado en la mesa angosta de la sala del puerto aéreo, le dice a la azafata, con voz baja e intensa:

—Mi vida estaba en crisis. Todos mis valores perdían significación. Descubría que la profesión que había elegido era hueca, tonta, tan inútil como... como jugar ajedrez.

—Qué espanto —susurra dulcemente Alba.

—Tú entiendes la razón. Viajas por todo el mundo, ves mil puertos aéreos por año. Todo es igual en todas partes. Las mismas ropas, la misma jerga, las mismas revistas, los mismos estilos de arquitectura y decoración.

—Sí.

—Homogeneidad internacional. Uniformidad mundial. ¿Puedes entender cómo es para un antropólogo un mundo donde no quedan primitivos, Alba? Aquí estamos, en la isla de Papuasia (tú sabes, cazadores de cabezas, animismo, pintura corporal, tambores al caer el sol, un hueso en la nariz) y mira a los papúas con sus túnicas de ejecutivo a nuestro alrededor. Escucha cómo intercambian datos financieros, cómo hablan de béisbol, cómo se recomiendan restaurantes de París y barberos de Johannesburgo. Y en otras partes es igual. En sólo un siglo hemos transformado el planeta en un enorme y sofisticado estado industrial y occidental de plástico. Los satélites de retransmisión televisiva, los cohetes que van de un continente a otro en dos horas, el colapso del exclusivismo religioso y los tabúes genéticos, han bastardeado todas las culturas, ¿te das cuenta? Visitas a los zuni y tienen máscaras africanas de plástico en la pared. Visitas a los bosquimanos y tienen ceniceros con motivos hopi fabricados en Japón. Son simples decoraciones de interior, y por debajo de los motivos primitivos cuidadosamente seleccionados existe la misma sensibilidad pseudoamericana universal, ya estés en el Kalahari o en la selva

húmeda de Amazonia. ¿Comprendes lo que ha pasado, Alba?

—Es una pérdida tremenda —dice ella con tristeza. Ella se esfuerza por demostrar comprensión, pero Schwartz presiente que sólo espera que él termine su sermón y la invite a compartir su cuarto de hotel. La invitará, desde luego, pero nada puede detenerlo una vez que ha abordado su tema favorito.

—La diversidad cultural ha desaparecido del mundo —dice—. La religión ha muerto, la verdadera poesía ha muerto, la inventividad ha muerto, la individualidad ha muerto. Poesía. Escucha esto. —Con tono monocorde declama:

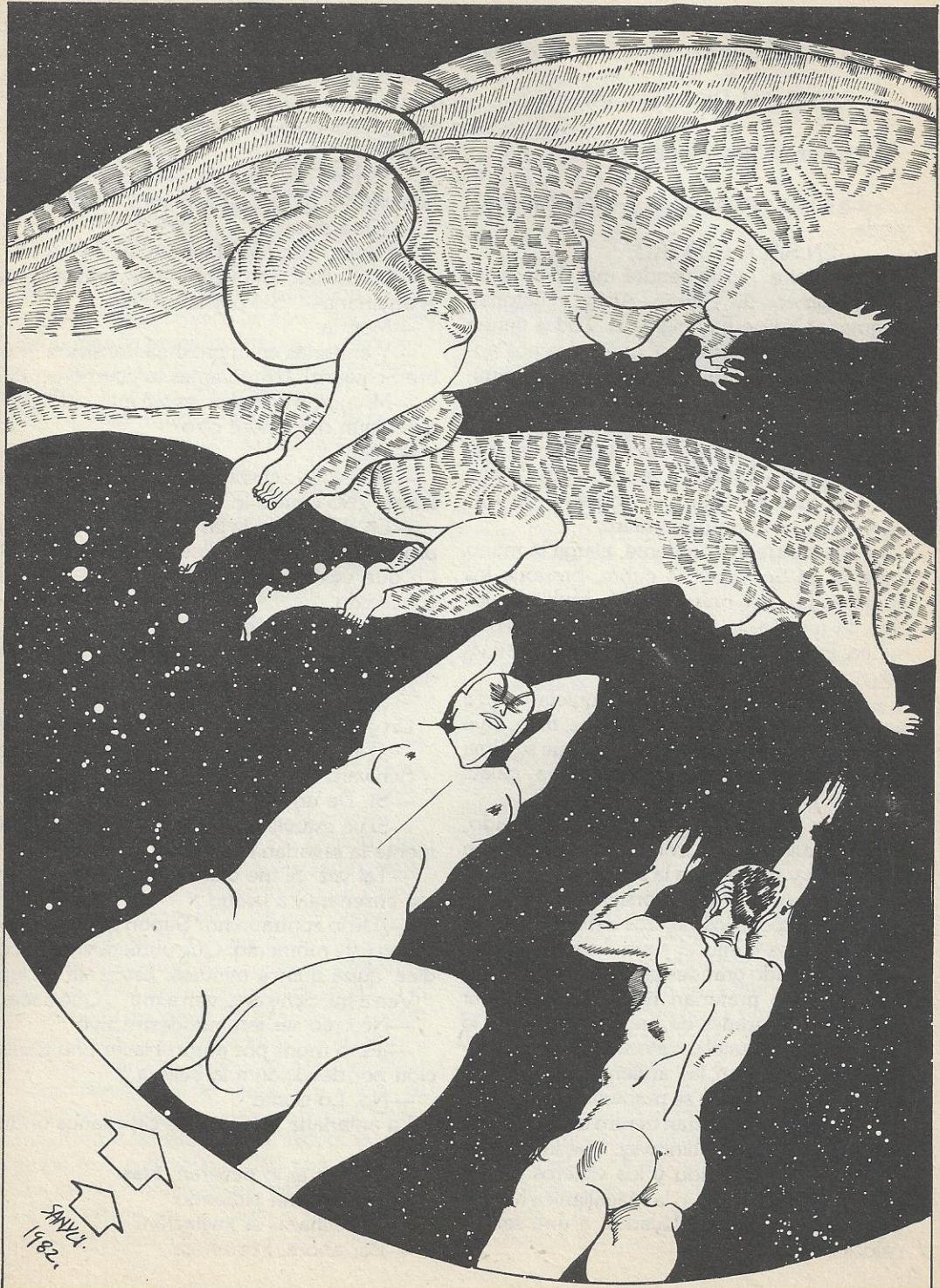
*En la belleza camino
con la belleza ante mí camino
con la belleza detrás de mí camino
con la belleza encima y alrededor de mí
camino
todo termina en belleza
todo termina en belleza*

Ahora está empapado de sudor. Su cántico ha creado una rara esfera de silencio alrededor; las cabezas se vuelven, los ojos se entrecierran.

—Navajo —dice—. El Camino de la Noche, un cántico de nueve días, una visión, un hechizo. ¿Dónde están ahora los navajo? Si vas a Arizona cantarán para ti, sí, por dinero; pero no saben qué significan las palabras, y es muy posible que los cantores sean sólo un cuarto de navajo, o un octavo de navajo, o quizás sean hopi contratados para vestirse de navajo, porque los verdaderos navajo, si queda alguno, están en Ciudad de México, contratados para ser aztecas. Se ha perdido tanto. Escucha. —Canta de nuevo, ahora con más estridencia:

*El animal corre, pasa, muere. Y es
el gran frío.
Es el gran frío de la noche, es la oscuridad.
El pájaro vuela, pasa, muere. Y es...*

—VUELO 411 DE AEROLÍNEAS JAPONÉSAS. EL EQUIPAJE SE ESTÁ DESCARGANDO EN SALA CUATRO —anuncia una potente voz mecánica.



SARVIA
1982

*... el gran frío.
Es el gran frío de la noche, es la oscuridad.*

—VUELO 411 DE AEROLINEAS...

El pez nada, pasa, muere. Y...

—La gente está mirando —dice Alba, incómoda.

—... EN SALA CUATRO.

—Que mire. No le vendrá mal. Ese es un canto pigmeo, de Gabón, África ecuatorial. ¿Pigmeos? Ya no hay pigmeos. Todos tienen dos metros de estatura. ¿Y qué cantamos nosotros? Señala irritablemente la nube de diminutos parlantes dorados que flotan cerca del cielorraso. Irradian una papilla musical: la canción popular de moda. Masculla salvajemente las palabras. —*Estrella... lejana... aquí... cerca.* Y se toca en cada puerto aéreo en este momento, en el mundo entero.

—Ella sonríe tímidamente, alarga la mano, toma la de Schwartz, la cubre, presiona los nudillos. El está mareado. La multitud, los ojos, la música, la bebida. El plástico. Todo reluce. Porcelana. Porcelana. El planeta se vitrifica.

—¿Tom? —pregunta ella, inquieta—. ¿Te pasa algo? —El ríe, parpadea, tose, tiritá. Oye que ella pide ayuda, y luego siente que su alma se escabulle, se hunde en la negrura galáctica.

Con la no-macho antariana a su lado, Schwartz atisbó por la tronera, admirando con reverencia y fascinación la seductora visión de los capellanos que se contorsionaban fuera de la nave. No todos los viajeros tenían acogedores camarotes como el suyo. Los capellanos eran demasiado grandes para subir a bordo; y en todo caso preferían no dejarse encerrar nunca entre paredes de metal. Viajaban a lo largo de la nave estelar, retorciendo como ballenas escurridizas en las ardientes radiaciones del espacio. Mientras se mantuvieran a veinte metros del casco estarían dentro del campo de acción del Efecto Rabinowitz, que impulsaba la nave y el contenido y los viajeros que la rodeaban hacia Rigel, o la Magallánica Menor, o tal vez una de las Pléyades, a una serena velocidad nueve-luz.

Observó a los capellanos que se movían más allá de la sombra de la nave en filas de blanco brillante. De color azul, verde lustroso y negro aterciopelado, zigzagueaban y nadaban, y cada estela era un relámpago de fuego dorado.

—Tienen una belleza peligrosa —susurró Schwartz—. ¿Oyes su llamado? Yo sí.

—¿Qué dicen?

—Dicen “¡Ven a mí, ven a mí, ven a mí!”

—Vé a ellos, entonces —dijo simplemente la antariana—. Sal por la escotilla.

—Moriría.

—Y entrarías en tu próxima transición. ¡Pobre Schwartz! ¿Tanto amas tu cuerpo actual?

—Mi cuerpo actual no es tan malo. ¿Piensas que algún día tendré otro?

—¿No?

—No —dijo Schwartz—. Este es todo lo que tengo. ¿No ocurre lo mismo con vosotros?

—En el Tiempo de las Aperturas recibiré mi próxima morada. Eso será en cincuenta años. Lo que ves es la quinta forma que me han concedido.

—¿La próxima será tan bella como ésta?

—Todas las formas son bellas —dijo la antariana—. ¿Me encuentras atractiva?

—Desde luego.

Un guiño vertical. Un gesto hacia la tronera.

—¿Tanto como éso?

Schwartz rió.

—Sí. De un modo diferente.

—Si yo estuviera allí afuera —dijo coquetamente la antariana—, ¿saldrías al espacio?

—Tal vez. Si me dieran un traje espacial y me enseñaran a usarlo.

—¿De lo contrario no? Supón que estuviera allí en este momento. Que pudiera vivir cinco, diez, quizás quince minutos. Estoy allí y digo: “¡Ven a mí, Schwartz, ven a mí!” ¿Qué haces?

—No creo ser tan autodestructivo.

—¡Pero morir por amor! Hacer una transición por devoción a la belleza.

—No. Lo siento.

La antariana señaló a los capellanos ondulantes.

—Si ellos te lo pidieran, irías.

—Me lo están pidiendo.

—¿Y rechazas la invitación?

—Por ahora. Por ahora.

La antariana soltó una risa antariana, un ronquido grueso y plateado.

—Nuestro viaje durará muchas semanas más. Uno de estos días, creo, irás a ellos.

—Estuviste inconsciente por lo menos cinco minutos —dice Alba—. Asustaste a todo el mundo. ¿Estás seguro de que te conviene dar la conferencia de esta noche?

—Me repondré —dice Schwartz, cabeceando—. Estoy un poco cansado, es todo. Demasiados cambios horarios en una semana. —Están en la terraza del cuarto de hotel. Anochece en pleno atardecer; es invierno en el hemisferio sur, aunque la fragancia de las flores tropicales perfuma el aire. Han despuntado las primeras estrellas. En realidad Schwartz nunca supo cuál estrella es cuál. Esa brillante, piensa, podría ser Rigel, y ésa podría ser Sirio, y tal vez aquélla es Deneb. ¿Y ésta? ¿Podría ser la roja Antares, en el corazón del Escorpión, o es sólo Marte? Gracias al desmayo en el puerto aéreo ha podido sortear la recepción habitual de los profesores y la cena formal; alegando su necesidad de descanso, ha optado por una cena ligera en el cuarto, *a deux*. En dos horas pasarán a buscarnos y lo llevarán a la Universidad para que hable. Alba lo escruta atentamente. Tal vez está preocupada por su salud, tal vez sólo espera que él tome la iniciativa. Después habrá tiempo para todo eso, supone él. Ahora prefiere hablar. Ejercitándose para la conferencia, continúa con su charla de antes:

—Durante mucho tiempo no entendí qué había sucedido. Crecí en el aislamiento, separado de la realidad, un muchacho de Nueva York con una mente brillante y un carnet de biblioteca. Leí todos los clásicos de la antropología, *Patrones culturales*, *La mayoría de edad en Samoa*, *Vida de una tribu sudafricana* y el resto, y soñé con viajes de exploración, para recopilar mitos y gramáticas y tradiciones y artefactos y todo eso, hasta que a los veinticinco años, cuando al fin inicié mis viajes de exploración, empecé a descubrir que había estudiado una ciencia muerta. Ahora no sólo tenemos una cultura mundial con variantes locales pero sin divergencias básicas: no queda nada primitivo en la Tierra, y no hay otros planetas. Planetas habitados, quiero decir. No

puedo ir a Marte o Venus y estudiar a los nativos. ¿Qué nativos? Y no podemos llegar a las estrellas. Mi único material de trabajo es la Tierra. Tenía treinta años cuando comprendí cabalmente la situación y supe que había desperdiciado mi vida.

—Pero sin duda tenías algo que estudiar en la Tierra —dice ella.

—Una cultura sin raíces, homogénea. Eso es trabajo para un sociólogo, no para mí. Soy un romántico, un exótico, me gusta lo extraño, lo diferente. Mira, nunca podemos tener una perspectiva real de nuestra época y nuestra vida. Los sociólogos tratan de alcanzarla, pero sólo amontonan datos indigeribles. La comprensión viene más tarde... dos, cinco, diez generaciones más tarde. Pero un modo de comprendernos a nosotros mismos ha sido siempre estudiar las culturas extrañas, estudiarlas a fondo, y definirnos a nosotros mismos determinando qué son ellos que nosotros no somos. Pero las culturas tienen que estar aisladas. El antropólogo mismo corrompe ese aislamiento en el sentido de Heisenberg, cuando llega con su cámara y sus aparatos y se pone a hacer preguntas; pero hasta cierto punto podemos compensar el daño inevitable que produce un observador solitario. No hay compensación cuando nuestra cultura entera choca con otra, la absorbe y la elimina. Y eso hicimos en todas partes nosotros, los hijos de la tecnología. Un día desperté y vi que no había más culturas extrañas. ¡Ja! ¡Una revelación aplastante! ¡Schwartz se quedó sin trabajo!

—¿Qué hiciste?

—Durante años fui una piltrafa. Enseñaba, estudiaba, me movía mecánicamente, sabiendo que no tenía ningún sentido. Mi trabajo se limitaba a examinar los registros de culturas desaparecidas legados por observadores anteriores y a tratar de elaborar nuevos significados. Fuentes secundarias, descubrimientos pasados: era un evaluador de huesos secos, no un recopilador de evidencias. Paleontología. Los dinosaurios son interesantes, ¿pero qué te dicen sobre el mundo contemporáneo y el significado de sus conductas? Hueso secos, Alba, huesos secos. Desesperación. Y luego una pista. Tenía una estudiante nigeriana, una ibo (bueno, básicamente ibo, pero con un po-

co de sangre israelí y creo que china), y hubo una gran afinidad entre nosotros; ella era tan afín a mí como cualquiera de mi séxtupla, y le conté mis problemas. Renunciaré a todo, dije, porque no es lo que esperaba. Ella se rió de mí y dijo: "¿Qué derecho tienes a enfadarte porque el mundo no es lo que esperabas? Cambia tu vida, Tom; no puedes cambiar el mundo. ¿Pero cómo?", dije. Y ella dijo: "Mira hacia adentro, encuentra al primitivo en ti mismo, investiga qué te hizo como eres, qué hizo la cultura tal cual es hoy, investiga cómo han confluido esos arroyos extraños. Nada se perdió, sólo se ha fundido." Me dio que pensar. Me dio un nuevo modo de mirar las cosas. Me lanzó hacia una búsqueda interior. Tardé tres años en captar los patrones, en llegar a una comprensión de lo que es ahora nuestro planeta, y sólo después que acepté el planeta...

Tiene la impresión de que ha estado hablando una eternidad. Pero ya no puede oír su propia voz. Sólo un zumbido distante.

—Después que acepté...

Un zumbido distante.

—¿Qué estaba diciendo? —pregunta.

—Después que aceptaste el planeta...

—Después que acepté el planeta —dice—, que pude empezar... —Un zumbido. Un zumbido.— Que pude empezar a aceptarme a mí mismo.

También lo atraían los espicanos, no tanto por ellos mismos —eran personajes oblicuos, elípticos, reservados y arrogantes, elusivos— como por la droga aparentemente psicodélica que ingerían de un modo sacramental antes del comienzo de cada una de sus interminables danzas rituales. Cada vez que los había mirado tomar la droga, aparentemente ellos se la habían ofrecido, como invitándolo, como tentándolo, antes de tragárla. Le parecía un sueño, una compulsión.

Había tres espicanos a bordo, criaturas esbeltas de dos metros y medio de largo, de cuerpos flexibles y cilíndricos y patas cortas y regordetas. La piel era reptilica, seca y tersa, muy verde, con franjas amarillas; pero los ojos eran extrañamente humanos, ojos pardos, grandes y líquidos, tristes ojos levantinos, los ojos de infelices viajeros medievales transformados en serpientes por algún encan-

tamiento. Schwartz había hablado con ellos varias veces. Entendían inglés bastante bien, como todas las razas galácticas; Schwartz suponía que se convertiría en la *lingua franca* interestelar, tal como había ocurrido en la Tierra, pero la estructura de los órganos vocales les impedía hablarlo, y por lo tanto debían utilizar pequeñas máquinas traductoras que les colgaban del cuello y convertían los susurros sibilantes en palabras ambarinas que vibraban en una pantalla.

Cautelosamente, la tercera o cuarta vez que habló con ellos expresó un amable interés en la droga. Le contaron que los capacitaba para establecer contacto con las fuerzas centrales del universo. Schwartz replicó que en la Tierra también había drogas parecidas, y que él las usaba a menudo, que le permitían comprender el funcionamiento del cosmos. Ellos demostraron cierta curiosidad, tal vez incluso una curiosidad intensa; leerles los ojos era difícil y el tono de las voces no daba ninguna pista. Schwartz sacó un elegante maletín de cuero del zurrón y les mostró lo que tenía: learitona, psilocerebrina, siddhartina y ácido-57. Describió los efectos de cada una y sugirió un intercambio, cualquiera de ellas por una dosis equivalente del rugoso fungoide naranja que mordisqueaban ellos. Conferenciaron entre sí. Sí, dijeron, haremos el cambio. Pero no ahora. No hasta el momento adecuado. Schwartz sabía que no era conveniente preguntar cuándo. Les dio las gracias y guardó sus drogas.

Pitkin, que había observado la conversación desde la otra punta de la sala, se le acercó a grandes trancos mientras los espicanos se escabullían.

—¿Qué te propones ahora? —preguntó.

—¿Por qué no te metes en lo que te importa? —dijo cordialmente Schwartz.

—Estás cambiando píldoras con esas víboras, ¿verdad?

—Llamémoslo investigación de campo.

—¿Investigación? ¿Investigación? ¿Qué harás? ¿Drogarte con esa cosa naranja?

—Tal vez —dijo Schwartz.

—¿Cómo sabes qué efecto puede causar en el metabolismo humano? Podrías terminar ciego, paralítico, loco o...

—O iluminado —dijo Schwartz—. Esos son los riesgos de la investigación. Los viejos an-

tropólogos que no vacilaron en probar el peyote, el yage, el ololiuqui, aceptaron esos riesgos, y...

—Pero esas drogas eran usadas por humanos. No tienes manera de saber cómo... Oh, ¿para qué diablos, Schwartz? Investigación. Lo llama investigación —se burló Pitkin—. ¡Drogadicto!

—¡Economista! —replicó Schwartz con el mismo desprecio.

Hoy hay bastante gente, casi tres mil personas, todas las butacas del auditorio con forma de herradura de la Universidad están ocupadas, y un relé de video además transmite la conferencia a toda Papuasia y a la mitad de Indonesia. Schwartz se yergue en la tarima como un semidiós bajo una luz brillante que no encandila. Pese a su fatiga de antes ahora se ha recobrado. Sus ademanes son amplios y energicos, su mirada perentoria, su voz profunda y resonante, sus palabras fluidas.

—Sólo un planeta —dice—, un pequeño y atestado planeta donde todas las culturas convergen en una monótona y deprimente uniformidad. ¡Qué triste es esto! ¡Cómo nos empequeñecemos cuando nos esforzamos por parecernos unos a otros! —Alza los brazos bruscamente—. ¡Miren las estrellas, las inalcanzables estrellas! ¡Imaginen, si pueden, los millones de mundos que rodean esos soles ardientes más allá de la oscuridad de la noche! Especulen conmigo sobre otros pueblos, otros modos de vida, otros dioses. Seres de todas las formas imaginables, de aspecto extraño pero no grotesco, ni abominable, pues toda forma de vida es hermosa; seres que respiran gases raros para nosotros, seres de tamaño inmenso, seres con muchas extremidades o sin ninguna, seres para quienes la muerte es la culminación divina de la existencia, seres que nunca mueren, seres que crían camadas de mil vástagos, seres que no se reproducen... ¡todas las infinitas posibilidades del infinito universo!

—Tal vez en cada uno de esos mundos ocurre lo que ha ocurrido aquí: una especie inteligente, una cultura, la convergencia eterna. Pero el conjunto de los muchos mundos ofrece una amplia gama de variedad. Y ahora, ¡compartan conmigo esta visión! Veo una nave

viajando de una estrella a otra, un crucero espacial del futuro, y a bordo de esa nave hay un muestuario de muchas especies, muchas culturas, una selección azarosa de la diversidad fantástica de la galaxia. Esa nave es como un microcosmos, un mundo en pequeño, cerrado en sí mismo. ¡Cuán excitante es abordarla, encontrar en ese pequeño recinto tanta riqueza de variación cultural. Ahora bien, nuestro propio mundo fue una vez como esa nave estelar, un microcosmos donde viajaban todos los miles de culturas de la Tierra, los hopi y los esquimales y los aztecas, los kwakiutl, los arapesh, los orokolo y todos los demás. En el curso de nuestro viaje hemos llegado a parecernos demasiado, y así las vidas de todos nosotros se han empobrecido, pues... —De pronto titubea. Se siente débil, manotea los flancos del estrado.— Pues... —La luz, piensa. En mis ojos. Se supone que no debe encandilar así, pero me está encegueciendo. Tengo que pedir que la quiten.— En el curso... el curso de nuestro viaje... —¿Qué está pasando? Ahora sudo. Me duele el pecho. ¿El corazón? Espera, cálmate, recobra el aliento. Esa luz en los ojos...

—Cuéntame —dijo Schwartz ansiosamente— qué se siente al saber que tendrás diez cuerpos sucesivos y vivirás más de mil años.

—Primero cuéntame —dijo la antariana— qué se siente al saber que vivirás noventa años o menos, y morirás para siempre.

Se las arregla para continuar. El dolor en el pecho se agudiza, no puede focalizar la mirada, cree que en cualquier momento perderá el conocimiento, y tal vez ya lo perdió por lo menos una vez, pero continúa. Aferrando el estrado, delineó el programa que desarrolló en *La máscara bajo la piel*. Un renacimiento del tribalismo sin la vuelta del odioso nacionalismo. La busca de una renovada sensación de parentesco con el pasado. Una reducción abrupta de los viajes no esenciales, especialmente el turismo. Altos gravámenes sobre artículos importados, incluyendo filmes y espectáculos de video. Una tentativa de crear unidades independientes en la Tierra, aunque conservando el nivel actual de interdependencia

económica y política. Revisión de los valores materialistas de la era tecnológico-industrial. Nueva busca de significados fundamentales. Un renacer étnico, antes que sea demasiado tarde, entre esas culturas humanas que sólo recientemente se han apartado de sus tradiciones particulares. (Repite y ornamenta especialmente este ítem, pensando en ese público de papúas, los tataranietos de los caníbales.)

La incomodidad y la confusión vienen y van mientras él expone sus temas. Elabora y reelabora, clamando apasionadamente por el fin de la homogeneización de la Tierra, y gradualmente los síntomas físicos desaparecen, sólo queda un vértigo leve. Pero un malestar diferente lo acucia cuando se acerca al final. Su propia voz le parece un graznido lejano, insignificante y ridículo. Ha dicho esto mil veces, recibiendo ovaciones, pero ¿quién escucha? ¿Quién escucha? Todo parece hueco esta noche, mecánico, absurdo. ¿Un renacer étnico? ¿Esta gente volverá al taparrabos y el asado de cerdo? La nave estelar es un fantaseo; el sueño de una Tierra diversificada no es más que una tontería. Lo que es será. Y sin embargo él sigue avanzando hacia la conclusión. Vuelve con su audiencia a la nave estelar, crea para ella una horda de seres fabulosos, redondea la metáfora bosquejando la estructura de varias culturas "primitivas" desaparecidas de la Tierra, entona los cánticos de los navajo, los pigmeos de Gabón, los ashanti, los mundugumor. Final. Cataratas de aplausos lo rodean. Se queda donde está hasta que miembros del comité patrocinador se acercan para ayudarlo a bajar; ellos han notado su desazón.

—No es nada —jadea—. Las luces... demasiado brillantes... —Alba está a su lado. Le alcanza un trago, algo fresco. Dos patrocinadores mencionan un agasajo en el Salón Verde.— Bien —dice Schwartz—. Con gusto. —Alba murmura una protesta. El la hace callar. —Mi obligación —le dice—. Conocer a los jefes de comunidad. Los catedráticos. Ahora me siento mejor. De veras. —Tambaleando, temblando, se deja guiar.

—Judío —dijo la antariana—. Te llamas judío, pero ¿qué significa eso exactamente? ¿Un clan, una secta, una subdivisión, una

tribu, una nación, que? ¿Puedes explicarlo?

—Entiendes qué es una religión?

—Desde luego.

—El judaísmo, la religión israelita, es una de las principales en la Tierra.

—¿Entonces eres sacerdote?

—De ningún modo. Ni siquiera practico el judaísmo. Pero mis ancestros sí lo practicaban, y por lo tanto me considero judío, aunque...

—¿Una religión hereditaria, entonces —dijo la antariana— que no exige que sus fieles observen los ritos?

—En cierto modo —dijo desesperadamente Schwartz—. En verdad, se trata más bien de un subgrupo cultural hereditario, que ha surgido de una perspectiva religiosa común que ya no tiene relevancia.

—Ah. ¿Y las características culturales que definen el judaísmo y lo distinguen de la mayoría de los seres humanos son...?

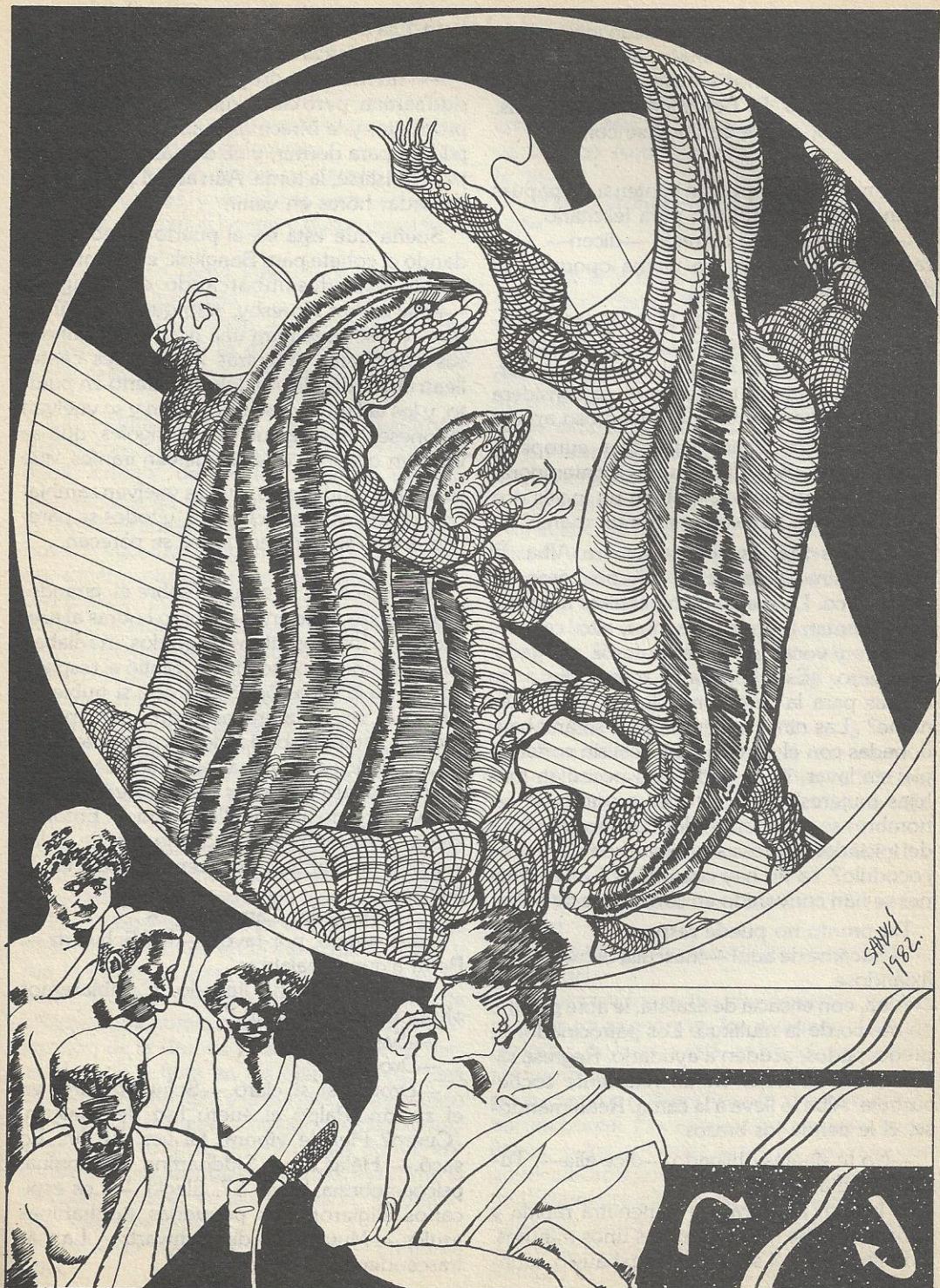
—Bien... —Schwartz titubeó.— Hay un complejo código dietético, un rito de circuncisión para los varones recién nacidos, un rito de iniciación para los adolescentes varones, caracteres de escritura, un idioma vernáculo comprendido más o menos por todos los judíos del mundo y muchas cosas más, incluyendo cierto apego a un intangible sentido tribal y ciertas actitudes, tales como un especialísimo sentido del humor para burlarnos de nosotros mismos.

—¿Observas el código dietético? ¿Comprendes los caractereres de la escritura?

—No exactamente —admitió Schwartz—. De hecho no hago nada específicamente judío, excepto considerarme judío y adoptar muchas afectaciones característicamente judías, que sin embargo ya no son únicamente judías... pueden encontrarse entre los italianos, por ejemplo, y hasta cierto punto entre los griegos. Estoy hablando de los griegos e italianos del pasado siglo veinte, claro. Hoy día... —La exposición era terriblemente engorrosa.— Hoy día...

—Pareciera —dijo la antariana— que eres judío sólo porque tus padres genéticos paterno y materno eran judíos, y ellos...

—No, en absoluto. No mi madre, sólo mi padre, y él era judío sólo por ascendencia paterna, pero ni siquiera mi abuelo observaba las costumbres, y...



—Creo que esto se ha vuelto demasiado confuso —dijo la antariana—. Desisto del interrogatorio. Hablemos en cambio de mis propias tradiciones. El Tiempo de las Aperturas, por ejemplo, puede entenderse como...

—En el Salón Verde un centenar de papúas distinguidos se apretujan para felicitarlo.

—Absolutamente correcto —dicen—. Una catástrofe planetaria. La última oportunidad de salvar nuestra cultura.

Tienen la piel chocolate pero las caras delatan la mezcla genética de su ascendencia: pueden considerarse arapesh, mundugunor, tchambuli, mafulu, tal como él se considera judío, pero han recibido un generoso aporte de cromosomas chinos, japoneses, europeos, africanos y demás. Visten ropas Contemporáneas e Internacionales. Hablan un inglés rico en inflexiones. Schwartz siente un mareo.

—Tienes mal aspecto —susurra Alba. El sonríe animosamente. El cuerpo como un hueso seco. La mente como cenizas muertas. Le presentan a un jefe de tribu, alto, canoso, con aire y vocabulario de profesor, abogado, banquero. ¿Estas personas regresarán a las colinas para la ceremonia de la cosecha del ñame? ¿Las niñas recién nacidas serán abandonadas con el cordón umbilical sin cortar, la piel sin lavar, si los padres no necesitan más hijas mujeres? ¿Los varones a punto de ser hombres se someterán a los costosos servicios del iniciador que los escarificará con dientes de cocodrilo? Ya no hay cocodrilos. Los chamanes se han convertido en corredores de bolsa.

De pronto no puede respirar.

—Sácame de aquí —masculla Schwartz, asfixiándose.

Alba, con eficacia de azafata, le abre camino en medio de la multitud. Los patrocinadores, preocupados, acuden a ayudarlo. Regresa rápidamente al hotel en un reluciente cocheburbuja. Alba lo lleva a la cama. Reanimándose, él le tiende los brazos.

—No te sientas obligado —dice ella—. Tuviste un día agotador.

El insiste. La abraza y la penetra rápida y ferozmente. Se mueven juntos unos minutos, todo termina y él se recuesta, exhausto, atan-

tado. Ella trae un paño frío, le palmea la frente, lo incita a descansar.

—Tráeme mis drogas —dice él. Quiere siddhartina, pero ella lo malinterpreta, tal vez a propósito, y le ofrece algo azul y grueso, una píldora para dormir, y él, demasiado cansado para resistirse, la toma. Aún así, el sueño parece tardar horas en venir.

Sueña que está en el puerto aéreo, abordando el cohete para Bangkok, e instantáneamente está desembarcando en Bangkok —igual a Port Moresby, sólo que más húmedo— y discurrea para una horda de tailandeses entusiastas, mientras los cohetes centellean alrededor, llevándolo de puerto en puerto, y los tailandeses se borronean y se vuelven japoneses, que se vuelven mongoles, que se vuelven uligures, que se vuelven iraníes, que se vuelven sudaneses, que se vuelven zambianos, que se vuelven chilenos, y todos se parecen, todos se parecen, todos se parecen.

Los espicanos se erguían sobre él, girando, cabeceando, meciéndose como cobras al acecho. Pero los ojos, tibios y líquidos, irradiaban comprensión: incluso afecto. Sintió el resplandor de su compasión. Supo que si hubieran tenido la musculatura necesaria para poder sonreír, estarían sonriendo tiernamente.

Uno de los alienígenas se le acercó. El pequeño aparato traductor se balanceó frente a Schwartz como un medallón sagrado. Entornó los ojos, concentrándose todo lo posible en las palabras ambarinas que centelleaban en la pantalla.

“...ha llegado. Cambiaremos...”

—De nuevo, por favor —dijo Schwartz—. Perdí algunas palabras.

“El momento ha llegado. Cambiaremos ahora los sacramentos.”

—¿Sacramentos?

—Drogas.

—Drogas, sí, sí, claro. —Schwartz hurgó en el zurrón. Palpó el cuero liso del maletín. ¿Cuero? Piel de víbora, tal vez. En fin. Lo sacó.— Hélas aquí. Siddhartina, leanitonina, psicocerebrina, ácido-57. Elegid. —Los espicanos eligieron tres pequeñas siddhartinas azules.— Muy bien —dijo Schwartz—. La más trascendental. Y ahora...

La criatura más larga le alcanzó una bola de hongo naranja seco del tamaño de la uña del pulgar de Schwartz.

—Es una dosis equivalente. Te la damos.

—¿Equivalente a mis tres tabletas, o a una?

—Equivalente. Te dará paz.

Schwartz sonrió. Había un tiempo para formular preguntas, y un tiempo para una acción decidida. Aceptó el hongo y buscó un vaso de agua.

—¡Espera! —gritó Pitkin, apareciendo de pronto. ¿Qué estás...?

—Demasiado tarde —dijo serenamente Schwartz, y tragó la droga espicana de un sorbo feliz.

Las pesadillas siguen y siguen. Recorre la Tierra como el Holandés Errante, o como el Judío Errante, de puerto en puerto, un viaje interminable de ninguna parte a ninguna parte. Comités aduladores lo reciben y lo llevan al hotel. A veces los integrantes del comité tienen ese aspecto contemporáneo, imposible de individualizar, con caras standard, ropas standard, el unihumano híbrido último modelo y multifuncional, y a veces son escrupulosamente étnicos, con penachos, pinturas y complicados emblemas tribales, pero las caras también son standard bajo las insignias multicolores, la jerga es la jerga de Uganda y Tierra del Fuego y Nepal, y a Schwartz le parece que estos disfrazados son, en todo caso, menos auténticos, menos honestos que los otros, que al menos son fieles representantes de su tiempo. De modo que no hay esperanzas. Manotea la almohada, gruñe, despierta. Instantáneamente los brazos de Alba lo rodean. El solloza frases incoherentes en la clavícula de Alba y ella le murmura frases tranquilizadoras en la frente. Comprende que sufre una especie de colapso, una nueva crisis de valores, una destrucción de la síntesis filosófica que le ha permitido salir a flote en los últimos años. Está atado a la rueda: gira y gira y gira, atravesando continentes, sin llegar a ninguna parte. No hay adonde ir. No. Hay un solo lugar donde encontrará la paz, donde el universo será como él necesita que sea. Vé allí, Schwartz. Vé y quédate mientras puedas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta Alba.

Schwartz tira y sacude la cabeza.

—Toma esto —dice ella, y le da una píldora. Otro tranquilizante. Bien. Bien. Le ayudará a ir donde debe ir. El mundo se ha vuelto de porcelana. La piel de Schwartz parece una costra de plástico. Andando, andando, a la nave. ¡A la nave!

—Hasta pronto —dice Schwartz, y se escabulle.

Frente a la nave los capellanos serpean y giran en su danza ritual. Sin peso y sin masa, son arrastrados hacia el confín de la galaxia a nueve veces la velocidad de la luz. Ondulan con una gracia sorprendente en criaturas tan voluminosas. Una luz deslumbrante que emana del centro del universo les roza la piel lustrosa y, rebotando, resuena en todo el espectro, astillándose en estrías brillantes de ultrarrojo, infravioleta, exoamarillo. Todo el cosmos reluce y titila. Una nota perfecta y única brota de la lejanía y, acercándose, se hincha en un crecimiento infinito. Schwartz tiembla ante la belleza de todo lo que percibe.

A su lado está la antariana, satinada como una foca. Ella —definitivamente *ella*, no hay ninguna duda— le toma el brazo y susurra:

—¿Irás a ellos?

—Sí. Sí, desde luego.

—También yo. Dondequiero que vayas.

—Ahora —dice Schwartz. Tiende la mano hacia la palanca que abre la escotilla. La baja. El flanco de la nave estelar se abre.

La antariana lo mira profundamente a los ojos y dice jubilosamente:

—Nunca te he dicho mi nombre. Mi nombre es Alba.

Juntos atraviesan la escotilla, salen flotando al espacio.

La negrura los recibe blandamente. No hay escozor, ni presión en los pulmones, ningún malestar. Schwartz está rodeado por surtidores luminosos, por túnicas palpitan tes de color puro, como si hubiera llegado al centro de una aurora boreal. El y Alba nadan hacia los capellanos, y los enormes seres los saludan con gritos alborotados y joviales. Alba se une inmediatamente a la danza, moviendo las extremidades sinuosas con turbadora agilidad; Schwartz hará lo mismo en un momento, pero primero se vuelve hacia la nave estelar, que

cuelga a su lado en el espacio como una gran aguja de cobre, y en una voz que podría sacudir universos grita:

—¡Venid, amigos! ¡Venid todos! ¡Venid a bailar con nosotros!

Y vienen, saliendo en tropel por la escotilla, los espicanos primero, luego todo el resto, la infinita multitud de seres, los viajeros de Fomalhaut y Aquernar y Acrux y Aldebarán,

de Thuban y Arturo y Altair, de Polaris y Canopo y Sirio y Rigel, cientos de criaturas siderales derramándose felices fuera de la nave, saliendo a borbotones, todas ellas, incluso Pitkin, el pobre Pitkin, todos tomándose las manos y los tentáculos y los zarcillos y lo que fuere, formando un gran círculo de luz en el espacio, cada cual trabado en una armonía cósmica, cada cual bailando. Bailando. Bailando.

Título del original en inglés: *Schwartz Between the Galaxies*.
© 1974 by Robert Silverberg. Traducción de Alberto D'Angelo.

